

El valor de cometer errores

Peter estaba sentado en su escritorio. Intentaba concentrarse en su dibujo. *Este podría ser mi mejor trabajo. Tengo muchas ganas de mostrárselo a Sam. Va a quedar muy impresionado.*

—¿Estás dibujando? —le preguntó Amy, su hermanita de cinco años.

—Sí —respondió Peter, enderezándose en la silla. Con cierto aire de indiferencia le mostró su obra de arte.

—Uyyy —musitó Amy—. ¡Qué bonito!

—¿Te parece? —preguntó Peter, halagado.

—Claro que sí —respondió Amy—. Es el *perrito* más lindo del mundo.

—¿QUÉ! —Gritó Peter—. Es un caballo. ¡Un caballo, no un perro!

—Mira, no importa —dijo Amy, sonriendo y sin molestarse por el tono de desagrado de Peter—, es el perro-caballo más bonito del mundo entero.

Habiendo dicho eso, salió del cuarto dando saltitos.

Peter recorrió su dibujo con la mirada y se llevó la cara a las manos. *Ahora que lo pienso, sí que parece un perro.* Arrugó el bosquejo al que había dedicado tanto tiempo y lo tiró a la basura.

Al día siguiente, en el colegio, siguió contrariado, e incluso se peleó con Jerry durante la clase de educación física sobre algo que ninguno de los dos podía recordar luego.

El hermano mayor de Peter se llamaba Sam. Tenía 18 años y parecía ser bueno en todo. Esa tarde le preguntó a su hermanito si quería sentarse a dibujar.



—No —masculló Peter—. No quiero volver a dibujar.

—Está bien. ¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé. Es que no hago nada bien. Hace un mes tomé clases de guitarra, pero sonaba terrible. La última vez que jugué al fútbol erré un tiro clarísimo al arco, y alguien se echó a reír. Sé que no soy un buen deportista. Y ayer, estaba dibujando un... un caballo, pero cuando Amy lo vio, lo confundió con un perro. No sirvo para nada.

—Me pongo en tu lugar —dijo Sam—. Yo también me siento así a veces.

—¿Tú? ¡No puede ser! Si eres un buen artista, practicas deportes, tocas la guitarra y se te dan bien muchas otras cosas.

Sam sonrió.

—De todos modos hay muchas cosas que no hago bien. Y me ha tomado bastante tiempo adquirir competencia en las que hago bien. No siempre fui bueno en ellas.

Peter se detuvo a pensar unos momentos en lo que le acababa de decir Sam. Siempre había imaginado que su hermano mayor podía hacerlo todo a la perfección.

—Por ejemplo —continuó Sam—, estoy aprendiendo a conducir. Ayer, cuando pensaba que ya lo tenía todo dominado, por poco me estrello con un poste de la luz. Me confundí entre los pedales del acelerador y el freno. Si no me estrellé fue porque el instructor aplicó su freno. Luego no podía dejar de reírme por mi equivocación.

—¿Te reías? —preguntó Peter, sin entender cómo su hermano podía reírse de una situación tan vergonzosa.

—Pues sí. Acababa de presumir ante el instructor de lo rápido que estaba aprendiendo, y en ese momento casi me estrello contra el poste. Cuando lo pensé después, fue bastante cómico.



Peter se veía confundido con todo eso, pero Sam le dio una palmada en la espalda.

—Cuando tenía 11 años tampoco me hacía ninguna gracia cometer errores. Pero papá me contó un cuento que me ayudó a superarlo.

A Peter le encantaban los cuentos de Sam. Eran chistosos y buena onda.

—Cuéntamelo —le rogó.

—Vale. Si mal no recuerdo...

—empezó Sam. Torció las cejas mientras procuraba recordar los detalles del relato—. Hace mucho tiempo, vivía un niño llamado Sir Peter Perfect...

—¡Oye! Espera un momento

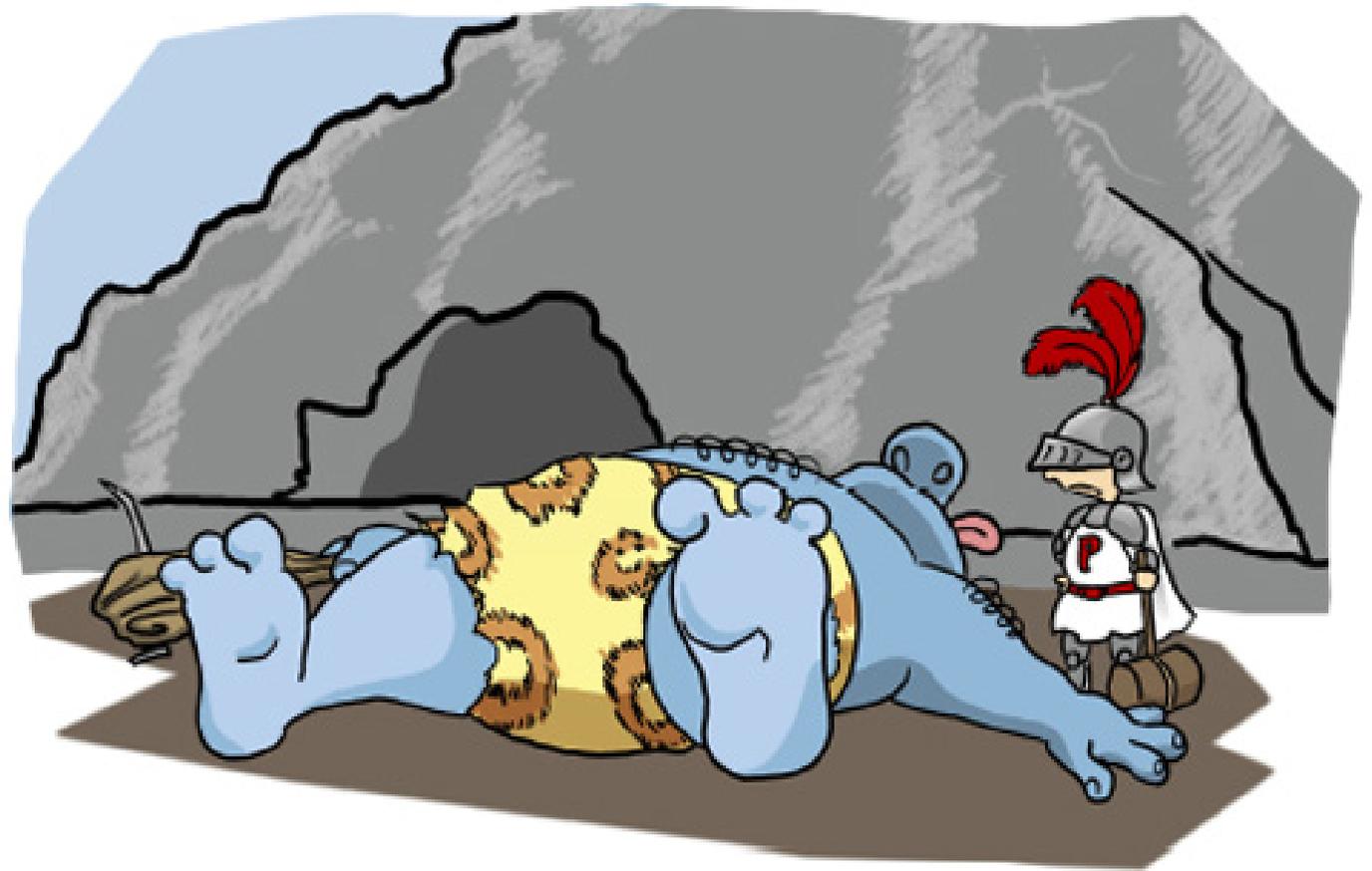
—interrumpió Peter—. ¿El cuento es sobre mí?

—No. Pero hay que meter en el cuento el nombre de la persona que lo escucha, de lo contrario no funcionará. Cuando papá me lo contó, el héroe se llamaba Sam el Supremo. ¿Seguimos?

—Vale.

—Muy bien. Hace mucho tiempo, vivía un niño llamado Sir Peter Perfect. Era excepcionalmente bueno en todo lo que hacía. Vivió en la época de caballeros y aventuras medievales, y Sir Peter se hizo a la aventura para acabar con los dragones que asolaban la tierra. Al poco tiempo, la leyenda de sus valerosas acciones y su fama de noble se difundió por todo el reino. Cuando era apenas un bebito de cinco meses ya había aprendido a caminar. Se encasquetó entonces una diminuta armadura, montó su fiel corcel y destripó a todos los dragones de aquel país sin sufrir siquiera un solo rasguño.

»Luego rescató a todas las doncellas en apuros, aniquiló a los 265 ogros que



vivían en las cavernas de la montaña, destruyó a todos los enemigos de su rey en una sola pelea y destronó al campeón mundial de ajedrez. Su brillante carrera terminó sorpresivamente cuando murió de aburrimiento a la tierna edad de siete años. Fin.»

—¿Qué? ¿Qué cuento es ese? —se quejó Peter. Pero al ver la gran sonrisa de Sam, añadió con cara de desconfianza—: El cuento tiene moraleja, ¿verdad?

—Dejaré que tú mismo la descubras —sonrió Sam.

—Pues no me gustó. El cuento estuvo muy aburrido y fue demasiado corto —la decepción de Peter era evidente.

—A decir verdad, a mí tampoco me gustó mucho cuando lo oí por primera vez —añadió Sam.

—Además, es irreal —prosiguió Peter—. Ningún bebé de cinco meses puede caminar, mucho menos montar a caballo. Y ni hablar de destripar dragones.

—Es cierto —respondió Sam—. Y no volvió a decir nada sobre el tema.



Aquella noche, Peter soñó con el cuento que le había contado su hermano. En sueños se vio a sí mismo como Sir Peter Perfect. Montado a caballo derrotaba dragones, rescataba a damiselas en apuros, libraba guerras, y de repente se estaba muriendo de aburrimiento.

Cuando despertó no podía sacarse de la cabeza la imagen de bebés de cinco meses que montaban a caballo y combatían dragones. La verdad es que le parecía muy gracioso. Por la tarde se puso a dibujar el caballo otra vez.

Al terminar, llamó a su hermanita:

—Amy, ven por favor. Quiero preguntarte algo.

Conteniendo la respiración, le mostró el dibujo. Su hermanita abrió la boca sorprendida.

—¡Te quedó genial! ¡Me gusta mucho!

—Pero, ¿sabes lo que es? —preguntó Peter.

—Claro que sí —respondió ella—. Es un caballo. Con orejas de conejo.

El labio inferior de Peter tembló por un momento mientras volvía a mirar el dibujo. De pronto se puso a reír tan fuerte que no podía contenerse para explicar a Amy lo que le había parecido tan gracioso. ¿Por qué iba a permitir que unas orejas de conejo lo desanimaran? Con el tiempo, llegaría a ser mejor dibujante.

Finalmente se calmó y guardó el dibujo en su carpeta de trabajos. *Para que nunca lo olvide, pensó. También recordaré el cuento... y algún día se lo contaré a otro.*

Fin



Míralo de esta manera:
La perseverancia es sinónimo de éxito.
Con perseverancia se adquieren destrezas de por vida.
¡Así que persevera!